

Del cotidiano milagro

Sacrificiales

RÓMULO BUSTOS AGUIRRE

Fraillejón Editores, Medellín, 2018,

80 pp.

SEGÚN EL poeta argentino Hugo Mujica, cuando leemos un libro no debemos preguntarnos ¿qué nos dice?, sino ¿qué nos sucede? Con esta reedición de *Sacrificiales*, el quinto libro de poesía de Rómulo Bustos Aguirre –Premio Nacional de Literatura 2019 en Colombia–, sentí, en primera instancia, la idea trabajada en torno a la ceremonia cotidiana, el silencio y lo sagrado. No en vano el libro comienza con un epígrafe de Números 19, del Antiguo Testamento, que habla del sacrificio de una vaca, un ritual pagano sobre la impureza, una ley sobre la muerte. La primera parte del libro –integrada por 18 poemas breves– goza de versos de extrema síntesis. “Lo eterno”, el poema que da comienzo al libro, dice como desgranado de la sabiduría de la tradición árabe:

Lo eterno está siempre ocurriendo
ante tus ojos

Vivo y opaco como una piedra
Y tú debes pulir esa piedra
hasta hacerla un espejo en el que
poderte mirar

mirándola

Pero entonces el espejo ya será agua
y escapará

entre tus dedos

Lo eterno está siempre en fuga ante
tus ojos. (s. p.)

Hay en los poemas de Bustos Aguirre una impronta donde el silencio es algo más que un personaje, un aura, una estrategia poética. Los poetas hablan demasiado del silencio, pero pocas veces permiten que este nos desnude su música. En el caso de *Sacrificiales*, en cambio, el lector tiene la extraña sensación de que el silencio respira y dice más que las palabras, que el silencio es la palabra que acaricia suavemente lo que expresamos. No importa lo que decimos, sino lo que escuchamos, lo que callamos. El poema titulado “El silencio” trabaja con

esencias, con la semilla, con la pulpa, con el aire que sopla el espíritu dentro de aquel globo que es el lenguaje:

Como la blancura de la luz
casa de los colores
así el silencio
De él brotan todos los sonidos
a él retornan
Todos los sonidos son el silencio
La más ínfima palabra pudiera ser
un mantra
el más turbio ruido contener la
canción (s. p.)

Pero ¿cómo hablar de lo sagrado, sin tocar el origen, sin preguntarnos por el dios que, supuestamente, del otro lado sostiene los hilos del mundo? Reiteradas veces Bustos Aguirre en su obra retrata el rostro de Dios, conjetura sobre su poder, su tejido en el alma y el ser. Dios, lo sabe Bustos Aguirre, está cargado de silencio, de palabra, de poesía. No desdeña, no despotrica de esta tradición, sino que la adorna, la celebra a su modo lúdico y a la vez irónico. Lejos de caer en consabidos o inocentes axiomas, el poeta cartagenero juega –no con devoción religiosa, sino con ingenio creador– sobre su versión de Dios. En el poema titulado “De la forma de Dios” –que nos recuerda íntimamente la pregunta de Gonzalo Rojas “Qué se ama cuando se ama, mi Dios?”– se ofrece una versión de Dios humanizada por lo erótico:

Dios no es un círculo
Más bien, una ambigua elipse
un raro animal de dos cabezas
Dos espaldas
dos sexos
dos bocas
dos respiraciones
dos lenguas
De su palabra siamesa
brota el vértigo del mundo (s. p.)

Hablar del rito, de los meandros del alma y de lo esencial, usualmente, está cargado de un lenguaje ampuloso, nocturno o ceremonioso. En el caso de *Sacrificiales*, por otra parte, nos hallamos frente a un lenguaje cotidiano, impregnado de referentes de la naturaleza y expresiones e imágenes aparentemente sencillas. El idioma de Bustos Aguirre es transparente, no hay exceso ni hay mutilación. A través de la fábula y la anécdota se experimenta la impresión de una poesía que –casi como

crónica o diario susurrado– relata los movimientos del milagro cotidiano. Al leerlo se descubre en el paladar una gota de agradecimiento y de asombro ante lo pequeño e imperceptible. El poema “Cenicio”, impregnado de su aroma caribeño, nos da la bienvenida en la primera luz:

He visto crecer el cenicio al pie de
la ventana
El menudo milagro de sus hojas
cubiertas de esa blanca pelusa a la
que debe su nombre

Ahora
muchas flores diminutas
suavemente lo cubren

Puedo imaginar
la oscura lucha de las raíces
afincándose en el suelo
la húmeda complicidad de
pequeños seres para darle su
fuerza
su designio

En él
el misterioso cosmos conspira
implacable para regalarte
un relámpago de belleza
esta mañana del mundo (s. p.)

A diferencia de la primera parte, la segunda –conformada por 22 poemas– tiene textos de mayor extensión. La sutileza del silencio y el ojo insólito no se pierde, al contrario, cuando no comienza por una imagen definida, casi fotográfica, hay una especie de silogismo en los poemas: una premisa en el primer verso que se va deshilando; dicho silogismo utiliza cambios de perspectiva o descripciones que van camino a develar un mensaje cifrado. Ejemplos se hallan en el poema titulado “La culpa” que inicia: “El alma –ya se sabe– es asunto de ganarse o perderse cada día” y en el poema “De la lúdica de la naturaleza”, “A veces la naturaleza se copia a sí misma”. En esa senda, el poema “En el zoológico” es un magnífico espécimen de cómo, además, del silogismo aparece el humor habitando el libro, característica exquisitamente elaborada sobre todo en los últimos libros de Bustos Aguirre:

Quizás no haya más viva y precisa
expresión
de lo siniestro que el trasero del
mandril

RESEÑAS		POESÍA
Por definición una vez que lo siniestro se ha manifestado no podemos evitar pertenecerle entrar en su tortuoso juego De allí ese comportamiento ambiguo y hasta divertido de los visitantes del zoo cuando llegan a la zona de los mandriles Una vez que el ojo ha hallado las conocidas y chocantes callosidades posteriores de estos simios [...] Lo siniestro ciertamente nos constituye y nos habita Pero sobre eso ya se han ocupado suficientemente los teóricos Yo solo quería hablar de los visitantes del zoológico sobre todo de las muchachas de los bellos y lustrosos traseros de las muchachas (s. p.) En el bestiario de este hemisferio del libro nos hallamos con mantarra- yas, peces, garcetas, arañas, gacelas, tigres, mariapalitos, saínos, vacas, mandriles, libélulas y hasta el desco- nocido y cómico pájaro paco-paco, conviviendo con el alma, los demonios, los arcángeles y los santos. Los poemas de esta sección toman como pretexto los personajes del mundo natural y religioso para hablar sobre la naturaleza humana y espiritual. Los poemas parecen, en este punto, piedras talladas con una versión fan- tástica y original de otras escrituras sagradas, las propias que inventa, qui- zá, todo poema y todo buen rumiante. El poema “El amanuense” aporta sobre ese taller lento y sagrado que es la artesanía de la palabra de Bustos Aguirre: –Y tú cómo y por qué escribes me preguntan en un auditorio –Yo soy un lento para todo, un perezoso, contesto A mí la mayoría de los poemas me los dicta Gabriel el ángel de la palabra (s. p.) Por su extensión, ritmo y largo contar, los poemas de Bustos Agui-	rre parecen hijos de los famosos poemas-relatos que inventó Cesare Pavese. Y aunque se declara borgia- no y lector asiduo de Héctor Rojas Herazo y Giovanni Quessep, le sentí de forma maravillosa y renovada el eco de la poesía del maestro peruano José Watanabe, quien solía en sus poemas, primero, descubrir la escena natural (hallar el cascarón vacío de una mantis macho, ver a una oruga ondulando bajo las cucardas, describir el color del lenguado sobre el lecho del mar); segundo, pasar a aportar el dato teórico (una enciclopedia casual le ex- plica); y tercero, ensamblar-fusionar la analogía del acontecimiento con la experiencia personal o humana. Un poema para ejemplificar la anterior apreciación es el titulado “Dactilos- copia”, donde Bustos Aguirre con una singular risa –venida de la inteligencia y la paradoja– tiene entrenado el ojo para ver desde otro ángulo el suceso: Justo cuando mueves el hilo con el dedo aparece la araña con todas sus patas, su abdomen, sus pelos y sus ojos casi ciegos Examina atentamente tu dedo los meandros sin centro aparente de tu huella la uña curvada y agresiva, la pequeña mugre que en ella se acumula Los pellejos que se han endurecido a ambos lados y parecen pequeños cuernos, es lo que más familiar le resulta Pero no acierta a intuir el resto misterioso en que te extiendes con todas tus patas, tu abdomen, tus pelos y tus ojos casi ciegos Le resultas una presa extraña Demasiado evidente para ignorarla demasiado hipotética para comerla Decide que tú debes ser Dios o algo parecido y se agazapa de nuevo a esperar un bicho menos complicado más limpio y digerible. (s. p.) Finalizo con una infidencia: ter- mino de leer <i>Sacrificiales</i> de Bustos Aguirre a casi tres meses de cuarente-	na por el motivo del coronavirus, y me llevo la sensación de haber atravesado una tierra encantada en los momentos más desolados de la humanidad. Me sucede que me siento acompañado con este libro mientras el mundo allá afue- ra se desmorona. Valoro el artificio de este libro que me sustrajo del miedo. Siento que estas páginas están llenas de vitalidad y de una sonrisa amiga. Siento que el arte y la belleza conjuran el mal. Siento que vale la pena abrir los párpados al milagro cotidiano de vivir. Fredy Yezzed